> *11 Mirad con qué letras tan grandes os escribo de mi propia mano. 12 Los que desean agradar en la carne tratan de obligaros a que os circuncidéis, simplemente para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo. 13 Porque ni aun los mismos que son circuncidados guardan la ley, más ellos desean haceros circuncidar para gloriarse en vuestra carne. 14 Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo. 15 Porque ni la circuncisión es nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación . 16 Y a los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea sobre ellos y sobre el Israel de Dios. 17 De aquí en adelante nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. 18 Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.*

Simeón el Estilita.[1] (diapositiva.1)

Durante estos meses de otoño hemos estado estudiando el «evangelio de la libertad» que encontramos en la carta de Pablo a los Gálatas. Hoy llegamos al final de esta carta. A primera vista, parece una repetición de todo lo que hemos estudiado, pero en realidad es mucho más que eso, especialmente cuando Pablo habla de la cruz de Cristo. Diane ya leyó nuestros versículos, así que comencemos con una oración. Después de orar, quiero contarles la historia de alguien que vivió hace mucho tiempo (diapositiva/negro.2).

Hace mucho tiempo vivió un hombre que llegó a ser conocido como (diapositiva.3) Simeón el Estilita. Fue uno de los primeros integrantes de un grupo de ermitaños cristianos llamados los Padres del Desierto. Se cuenta que, alrededor del año 423, a los treinta y tres años, Simeón construyó (diapositiva.4) una columna de diez pies de altura al borde del desierto de Siria subió hasta la cima y vivió allí, sobre esa columna, durante los siguientes 36 años.
Lo hizo para poder (diapositiva.5) tener comunión con Dios en soledad, libre del pecado y de las distracciones del mundo, y así ser considerado espiritual y aceptable a los ojos de Dios.

Lamentablemente, la noticia se difundió y (diapositiva.6) la gente comenzó a peregrinar hasta el lugar donde estaba Simeón el Estilita en el desierto. Lo bombardeaban con preguntas, esperando que los iluminara con alguna enseñanza espiritual. Por supuesto, como pueden imaginar, estas interrupciones frustraban por completo el propósito por el que había ido allí en su búsqueda de agradar a Dios. Así que Simeón respondió construyendo (diapositiva.7) columnas cada vez más altas. Al parecer, la última de la serie se elevaba unos cincuenta pies sobre el suelo. A esa altura, a los visitantes les resultaba difícil hacer preguntas, así que finalmente Simeón el Estilita consiguió lo que deseaba. Lo dejaron solo para que pudiera pasar el resto de sus días dedicado a ser espiritual.[2]

Eso fue hasta que (diapositiva.8) *¡ocurrió esto!*

Supongo que (diapositiva/negro.9) la historia, por extraña que parezca, plantea una pregunta importante: ¿qué significa exactamente ser espiritual? Para Simeón, uno puede ser más espiritual en el *desierto* que, en la *ciudad*, más espiritual *por encima* del suelo que *sobre* el suelo, más espiritual *lejos* de la gente que *con* la gente.[3] Pero para Pablo, la espiritualidad es diferente. Al leer sus cartas, no encontramos nada sobre vivir en lo alto de una columna. Y, lo que es aún más importante, *nunca* encontramos nada sobre vivir aislados. De hecho, es todo lo contrario. Para Pablo, vivir la verdad del evangelio está inseparablemente ligado a la comunidad; está totalmente conectado con la *vida en común* con otras personas. Y no se trata simplemente de convivir cordialmente: no es solo tomar café y comer donuts con el club Kiwanis. No, para Pablo, la comunidad del pacto es algo profundo y estrechamente entrelazado; es intencional y personal.

Es aquello de lo que Mark (diapositiva.10) habló la semana pasada. Es (diapositiva.11) «restaurarnos unos a otros con un espíritu de mansedumbre» y «llevar las cargas unos de otros». Es «no cansarnos de hacer el bien» y hacerlo «especialmente a los de la familia de la fe».

Además (diapositiva/negro.12), como hemos visto a lo largo de esta carta, se trata de reconocer que nuestra posición ante Dios no es producto de rituales externos ni de deberes religiosos: eso era lo que promovían los falsos maestros contra los que escribía Pablo. No conseguimos el favor de Dios tratando de ser lo suficientemente buenos para merecerlo. No ganamos puntos con Dios mediante actos de autodisciplina por creativos que sean. No, nuestra posición ante Dios descansa enteramente en la gracia y la misericordia que nos ha extendido por medio del evangelio, por medio de la obra de Su Hijo. Eso es lo que Pablo ha estado diciendo desde la primera página de su carta. Y esta verdad es tan importante que Pablo, al concluir esta carta a los Gálatas, procura subrayar esta idea una última vez.

De qué se jactan los falsos maestros.

Entonces, ¿qué hace Pablo? Toma el rollo y la pluma del escriba y comienza a escribir[4].
Hoy podríamos destacar algo cambiando el tipo de letra, subrayando algunas palabras, poniéndolas en negrilla o añadiendo emojis llamativos. Pero en los tiempos de Pablo no había emojis. En cambio, para destacar algo, se escribía en grande. Él escribe (diapositiva.13): *«¡Miren qué letras tan grandes uso al escribirles de mi propia mano!»*[5]

Pablo presenta (diapositiva.14) **tres** críticas finales dirigidas contra esos falsos maestros que habían llenado la cabeza de los miembros de la iglesia de Galacia con todas esas ideas disparatadas, especialmente la idea de que era necesario circuncidarse para ser aceptados por Dios. Pablo vuelve a desenmascarar la hipocresía de esos maestros. **En primer lugar**, escribe que (diapositiva.15) obligan a la gente a circuncidarse porque quieren evitar la persecución.

Quieren una manera fácil de quedar bien ante los demás, sin tener el valor de vivir una fe que comparte el sufrimiento y la muerte de Cristo. **En segundo lugar**, Pablo señala que (diapositiva.16), por mucho que hablen de cumplir la ley, *en realidad* no la cumplen, al menos no toda. Más bien, son selectivos; se concentran en las partes que ya cumplen bien. **En tercer lugar** (diapositiva.17), dice que esos maestros hacen esto solo para poder jactarse, para poder volver a Jerusalén con sus hojas de cálculo y sus tarjetas de decisión. En efecto, tratan la circuncisión como un trofeo y como marcas de sus conquistas, (algo de lo que presumir en la próxima conferencia de pastores).

Ahora bien, ¿podemos ser culpables de lo mismo? Tal vez no de la misma manera, pero sí de algo parecido, especialmente en esos (diapositiva.18) dos últimos puntos. Es tentador apoyarnos en nuestras fortalezas, en aquellas cosas que quizá se nos dan bien por naturaleza, y decidir que eso es lo que más importa: la cantidad de libros que leemos, nuestra condición física, el saldo de nuestras cuentas bancarias, los logros de nuestros hijos. Todas son cosas buenas. Y, aun así, podemos convertirlas en una insignia de honor, en algo que nos enorgullece y de lo que nos jactamos, y hacer de ellas nuestra seguridad y nuestra identidad.

La jactancia de Pablo.

Pero Pablo anima a sus lectores, incluidos nosotros, a gloriarse en algo muy diferente. Escribe (diapositiva.19), *«Que jamás me gloríe en nada, excepto en la cruz de nuestro Señor Jesucristo».* John Stott escribe que la (diapositiva.20) palabra que Pablo usa aquí significa mucho más que simplemente «presumir». Significa (diapositiva.21) «gloriarse en, confiar en, regocijarse en, deleitarse en, vivir para». Luego escribe que el objeto de aquello en lo que nos gloriamos (diapositiva.22) «llena nuestros horizontes, acapara nuestra atención, absorbe nuestro tiempo y cautiva nuestra energía».[6] Esta cruz (diapositiva.23) por medio de la cual el mundo había sido crucificado para Pablo, y él para el mundo.

Es curioso: no vemos a Pablo gloriándose en que Jesús caminara sobre el agua. No presume de que Jesús llamara a Lázaro a salir de la tumba. No se gloría en que Jesús tocara al leproso, sanara a los ciegos o alimentara a las multitudes. De hecho, ni siquiera vemos a Pablo gloriándose en que Jesús enseñara las Bienaventuranzas, el Padrenuestro o la parábola del sembrador y la semilla. Desde luego, Pablo conoce esas cosas y atesora cada una de ellas. *Pero se gloría en la crucifixión; se gloría en la cruz.* Se gloría en el Infinito que se hizo finito y entró en un lugar donde la belleza y la fealdad chocan; donde las buenas y las malas intenciones luchan por el control; donde los seres humanos hacen lo mejor que pueden y luego se rinden[7]. Y Él dijo: *«Yo cargaré con eso; lo llevaré sobre Mí; lo sanaré».* Este Jesús que hizo lo que nosotros nunca habríamos podido hacer por nuestra cuenta. Que vivió una vida perfecta, sufrió por nuestras

transgresiones, murió en nuestro lugar, resucitó de entre los muertos y nos da una vida nueva, no como un salario que se nos debe, sino como un regalo de gracia.

El escándalo de la cruz.

Y, sin embargo, esta cruz y la obra expiatoria de Cristo nunca han sido fáciles de comprender para el mundo que nos rodea. En su carta a los Corintios, Pablo escribió que la cruz era un escándalo para los judíos y pura necedad para los gentiles. Se la consideraba algo primitivo y moralmente despreciable. Y con razón (diapositiva/negro.24).

Hay un hombre que se llama (diapositiva.25) Tom Holland; no el que está casado con Zendaya, no el Tom Holland de las películas de Spider-Man. Este Tom Holland es un historiador y novelista británico. Es conocido sobre todo por su libro de 2019, *Dominion*. Holland, al menos cuando escribió su libro, no se consideraba un cristiano profesante, aunque eso puede haber cambiado desde entonces. Sin embargo, como lo demuestran sus libros, entrevistas y conferencias, está indudablemente fascinado por la fe cristiana, la persona de Jesús y, especialmente, la cruz. Hace una generación, Flannery O'Connor, la autora católica, escribió que, aunque quizá nuestra cultura ya no esté «centrada en Cristo», sigue siendo una cultura inevitablemente «asediada por la presencia de Cristo».[8] *¡Ese es Tom Holland!*

En su obra, Holland escribe que no se trataba simplemente de que la crucifixión fuera el castigo romano reservado con mayor frecuencia para criminales y esclavos. Tampoco se trataba solamente de que causara una muerte horrible, que a veces se prolongaba durante días. No, también, y, sobre todo, estaba el hecho de que era pública. No era solo morir, sino morir públicamente. A nosotros, en Occidente, nos cuesta un poco comprender esta idea, porque somos mucho más individualistas. Pero en el mundo antiguo, en una cultura de vergüenza y honor, esto era importantísimo. Holland escribe (diapositiva.26):

> En una sociedad donde ser humillado, ser avergonzado, era absolutamente el peor de los destinos, tus sufrimientos estaban a la vista de todos. La gente podía reunirse, señalarte, reírse y burlarse mientras las aves se congregaban alrededor de tu cabeza para picotearte los ojos, mientras jadeabas y te agitabas, alzándote y bajando con esfuerzo, mientras tu agonía era motivo de burla.

Holland escribe que ninguna muerte era más dolorosa/despreciable/humillante/grotesca que la crucifixión (diapositiva/negro.27). Para los romanos, era como una valla publicitaria que anunciaba su poder y su derecho absoluto a infligir sufrimientos increíbles a quien quisieran. Y, sin embargo, porque el crucificado fue Cristo, este símbolo de la cruz, eso con lo que decoramos nuestras

iglesias, eso que, por increíble que parezca, llevamos al cuello como colgante, no solo llegó a ser el símbolo cultural más inmediatamente reconocible que cualquier sociedad humana hubiera desarrollado, sino que además llegó a simbolizar, no el poder de Roma, sino la victoria sobre la muerte misma.[9]

Después de todo, aquí está nuestro Señor. Y Él es omnipotente, todopoderoso. Dice: *«Sea la luz»,* y hay luz. Dice: *«Sé sano»,* y las personas son sanadas. Le dice al mar: *«Cálmate»,* y el mar se calma. Y, sin embargo, cuando se trata del perdón del pecado, nuestro Señor no simplemente chasquea los dedos y dice: *«Que haya perdón del pecado».* No, el perdón pleno de nuestro pecado tiene un alto costo.[10] Pero así es como Dios supera la necedad de la sabiduría humana, desarma a los principados y a las potestades y triunfa sobre ellos. Así es como Dios nos salva de nuestro quebranto y de nosotros mismos, y nos trae la redención y la humanidad que tan desesperadamente necesitamos.

Además (diapositiva.28), la cruz se convierte en una encrucijada escatológica en la historia de la salvación. Pablo declara que no importa ni la circuncisión ni la incircuncisión; lo que cuenta es (diapositiva.29) «la nueva creación». No una serie de técnicas, ni un «seminario sobre cómo ser un mejor cristiano», sino una transformación por la cual el Espíritu Santo convierte a quienes están quebrantados en algo nuevo.

Además, como vimos en los capítulos anteriores, se convierte en el medio por el cual quienes están en Cristo pasan a formar parte de (diapositiva.30) «el Israel de Dios»[11], no en el sentido de alguna extraña «teología de sustitución»[12], sino más bien:

- La promesa de la «descendencia de Abraham» (3:29), de la que Mark habló en octubre,
- Y la promesa de la familia del pacto que incluye tanto a «judíos como a gentiles» (3:28),
- Y el cumplimiento de las promesas de Dios tanto a judíos como a gentiles, como se encuentra en Romanos 11,
- Y la promesa declarada en Apocalipsis 5:9 acerca de «toda tribu y lengua, pueblo y nación».
- La obra del Espíritu que reúne a judíos y no judíos en una sola familia unida en Jesús, tal como Dios se lo había prometido a Abraham hace tanto tiempo.[13]

Y, por último (diapositiva.31), la bendición de «gracia» de Pablo. Por última vez usa esa palabra que ha empleado a lo largo de esta carta, al llamarlos «hermanos y hermanas».

La cruz confronta nuestro orgullo.

Entonces, ¿cómo respondemos a una salvación tan grande? (diapositiva/negro.32). Como hemos visto a lo largo de nuestro estudio durante estos últimos meses, existe una tentación constante de pensar que la fe cristiana es «el evangelio más alguna otra cosa». Pero para Pablo, cualquier «otra cosa» es demasiado. Nada más nos salvará; nada más nos dará la libertad que tan desesperadamente necesitamos. Permítanme señalar dos cosas que este evangelio, esta cruz, confronta. En primer lugar (diapositiva.33), ***la cruz confronta nuestro orgullo***.

Hace unos trescientos años, un ministro inglés llamado Isaac Watts escribió que debemos ser conscientes de nuestra propia ignorancia.[14] Señaló que, cuando nos contemplamos a nosotros mismos, cuando miramos nuestros éxitos, nuestro orgullo y nuestras inseguridades, nuestra perspectiva se distorsiona. Pero, en lo que llegaría a ser uno de sus himnos más famosos, escribió que (diapositiva.34):

> Cuando contemplo la maravillosa cruz
> En la que murió el Príncipe de gloria,
> Mi mayor ganancia la considero pérdida,
> Y derramo desprecio sobre todo mi orgullo.

La cruz dice algo de nosotros que resulta ofensivo. Nos recuerda vívidamente que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Confronta la carga aplastante de intentar salvarnos mediante el esfuerzo y el desempeño. Confronta nuestros afanes, nuestros impulsos y nuestra necesidad de aprobación y control.[15] Me encanta cómo lo expresó Matthew Henry. Por la misma época en que Isaac Watts escribió su himno, Matthew Henry escribió (diapositiva.35): *«Muchos se abrazan a sí mismos hasta morir».*

La cura para nuestro orgullo es la cruz. Hasta donde puedo ver, es imposible gloriarnos en nosotros mismos y en la cruz al mismo tiempo. Por eso nos reunimos: para reorientarnos, para recordar, para tener presente dónde está el norte y quiénes somos cuando ponemos nuestra confianza en Cristo.

Me encanta cómo lo expresó Elisabeth Elliot; escribió (diapositiva.36): *«Si mi vida está rendida a Dios, todo está bien. ¡Que no vuelva yo a arrebatársela, como si estuviera en peligro en <u>Su</u> mano, y más segura en la <u>mía</u>!»*[16]

La cruz confronta nuestro temor.

La (diapositiva.37) cruz confronta nuestro orgullo. En segundo lugar (diapositiva.38), ***la cruz también confronta nuestro temor***. Hace varios años leí una historia que me impactó y me hizo examinar mi propia vida. La contó un hombre llamado (diapositiva.39) Gary Burge. Burge era profesor de Nuevo Testamento en Wheaton College. Contó la historia de una clase introductoria de Nuevo Testamento que estaba impartiendo a estudiantes universitarios. Un día hablaba de la gracia y el amor de Dios, y durante la clase algunos estudiantes hicieron preguntas que lo tomaron por sorpresa. Así que se aventuró a asignarles una tarea (supongo que los profesores pueden hacer eso). Les pidió que escribieran un ensayo de una página respondiendo a esta pregunta (diapositiva.40): *«¿Ha sido tu vida moldeada por la amenaza del castigo de Dios o ha sido moldeada por la maravilla de la gracia y el amor de Dios?»*

Piensen, entonces, en esa pregunta: ¿cómo habrían respondido ustedes?
Así relata Burge lo que sucedió después; escribió (diapositiva.41):

> Los resultados me dejaron *devastado*. Más del 90% de la clase admitió en privado que la posibilidad de perder el favor de Dios y de experimentar Su ira había moldeado su perspectiva cristiana desde la infancia. El amor inagotable de Dios no ocupaba el primer lugar en sus pensamientos, pero sí la posibilidad de Su desagrado. El cristianismo, según ellos, *consistía realmente en seguir las reglas.* Cuando les dije que no era así, se hizo un silencio absoluto.[17]

Y sé que a algunos de ustedes esta idea puede resultarles extraña, pero nuestra relación con Cristo no se basa en un temor malsano (diapositiva/negro.42). En cuanto a nuestra posición en Cristo, *no* estamos a un hipo de Su desagrado ni a un estornudo de Su ira. Somos salvos por gracia; somos salvos por el evangelio. Y creo que antes lo sabíamos, pero algo ocurrió durante nuestra formación religiosa. Y no sé *cuándo* sucedió, pero *alguien* hizo *algo* con nuestro evangelio, y alguien quitó las «buenas nuevas» de las buenas nuevas, dejándonos con una fe reducida a lo que debemos y no debemos hacer. Pero el evangelio es mucho más que eso. Es la historia de Dios haciéndose hombre y viniendo a la tierra, viviendo entre Su creación y muriendo la muerte que no merecía, pero también dándonos la vida que nosotros no merecemos.[18]

La salvación es siempre, de principio a fin,
Una cuestión de iniciativa divina,
Una cuestión de amor divino,
Y una cuestión de gracia divina.

Oremos.

[1] Lectura del Antiguo Testamento: Salmo 98:1-6 (ESV).
[2] Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 4, cap. 37; Herbert Thurston, «St. Simeon Stylites the Elder». *The Catholic Encyclopedia*, vol. 13 (Nueva York: Robert Appleton Company, 1912).
[3] Philip Graham Ryken, *Galatians*, REC (Phillipsburg: P&R Publishing, 2005), 242.
[4] Aunque Pablo solía dictar sus cartas a un escriba, acostumbraba a tomar él mismo la pluma hacia el final de la carta (p. ej., 1 Co 16:21; 2 Co 10:1; Gál 6:11; Col 4:18; 2 Tes 3:17).
[5] Stott escribe: «Algunos han sugerido que escribía con letras grandes porque tenía problemas de visión o porque sus manos de trabajador eran poco diestras para escribir. Hay pocas pruebas que respalden tales conjeturas. Es más razonable suponer que Pablo escribió su conclusión con letras grandes porque quería destacar ante las congregaciones de Galacia la importancia de los puntos principales de la carta en su resumen final». John R. W. Stott, *The Message of Galatians: Only One Way*, BST (Downers Grove: InterVarsity Press, 1986), 180.
[6] John Stott R. W. Stott, *The Cross of Christ* (Downers Grove: InterVarsity, 1986), 349.
[7] Eugene H. Peterson, *Traveling Light: Modern Meditations on St. Paul's Letter of Freedom*, 189; Timothy Keller, «Boasting in the Cross» (sermón, Redeemer Presbyterian Church, 1998).
[8] Flannery O'Connor, *Some Aspects of the Grotesque in Southern Fiction* (T. F. Gossett), 1958; cf. Ralph C. Wood, *Flannery O'Connor and the Christ-Haunted South* (Grand Rapids: William B. Eerdmans, 2004), 37. Nota: La cita original de Flannery se refería específicamente al sur de Estados Unidos, pero ciertamente se aplica al conjunto de la cultura occidental.
[9] Tom Holland, *Dominion: How the Christian Revolution Remade the World* (Nueva York: Basic Books, 2019), 2-6; «Invisible Fire: Christianity in a Post-Western World» (conferencia, Open Doors/British Library, 2021).
[10] Timothy Keller, «Freedom of Truth» (sermón, Redeemer Presbyterian Church, 1994).
[11] ¿Cómo debemos entender la expresión «el Israel de Dios» (6:16)? Supongo que depende de la traducción que utilicemos. Westerholm/BTSB señala que, según la interpretación en la que se basa la traducción de la NIV («Paz y misericordia a todos los que siguen esta norma: al Israel de Dios»), Pablo identifica a sus lectores y a todos los que siguen su enseñanza como el Israel espiritual de Dios (cf. Ro 11:17-18; Fil 3:3). Por otra parte, según la interpretación en la que se basa la traducción de la ESV («Y a todos los que andan conforme a esta norma, paz y misericordia sobre ellos y sobre el Israel de Dios»), Pablo extiende la bendición para incluir al Israel étnico, que, aunque ahora es incrédulo, está destinado a recibir la salvación de Dios (Ro 11:25-26). Sin embargo, ninguna de las dos traducciones refuta la clara enseñanza de Pablo de que la familia del pacto de Dios incluye tanto a judíos como a gentiles, a esclavos como a libres, a hombres como a mujeres (3:28).
[12] Wright prefiere hablar de «continuidad y restauración». N. T. Wright, *The New Testament and the People of God* (Minneapolis: Fortress, 1992), 457.
[13] Tim Mackie, *Read Scripture: Illustrated Summaries of Biblical Books* (Portland: The Bible Project, 2017), 112.
[14] Isaac Watts, *The Importance of the Mind* (Nueva York: A.S. Barnes, 1741, 1856), 8.
[15] Timothy Keller con Kathy Keller, *The Songs of Jesus: A Daily Devotions in the Psalms* (Nueva York: Viking, 2015), 237.
[16] Elisabeth Elliot, *Let Me Be a Woman* (Wheaton: Tyndale House Publishing, 1976).
[17] Gary M. Burge, *The Letters of John*, NIVAC (Grand Rapids: Zondervan, 1996), 195
[18] James D. G. Dunn, *The Epistle to the Galatians* (Peabody: Hendrickson, 1993), 186; cf. Douglas J. Moo, *Galatians*, BECNT (Grand Rapids: Baker Books, 2013), 232.